

Padre Nuestro



Diego Jaramillo

Padre Nuestro

Diego Jaramillo, cjm



Padre Nuestro

Colección Iglesia No. 174
Corporación Centro Carismático Minuto de Dios
Bogotá, D.C., Colombia
2015

Con las debidas licencias

© Corporación Centro Carismático Minuto de Dios • 2015

Carrera 73 No. 80-60

PBX: (571) 7343070

Bogotá, D.C., Colombia

Correo electrónico: info@libreriaminutodedios.com

ebooks@minutodedios.com.co

www.libreriaminutodedios.com

Transcripción de enseñanzas transmitidas
a través de la Emisora Minuto de Dios de Bogotá.

ISBN: 978-958-735-186-6

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier
medio

ePub por Hipertexto/ www.hipertexto.com.co

LA ENSEÑANZA DE JESÚS

La principal oración que se conoce de Jesús, por lo menos la más condensada, la más tierna, la que él quiso enseñarnos es el Padrenuestro. Ustedes seguramente han oído decir cosas bellas del Padrenuestro y ojalá todos seamos devotos de rezarlo permanentemente.

Quisiera, como resultado de estas páginas, que todos nos apegáramos al Padrenuestro, a decirlo con frecuencia, a comenzar la jornada con él, a terminar la tarde con él, a invocar durante el día al Padre celestial, al Padre de nuestro Señor Jesucristo, al Padre amoroso que nos ama.

Seguramente en algunos libros de lectura espiritual se encuentran reflexiones sobre el Padrenuestro y también alabanzas sobre esa oración dominical porque los autores cristianos se han ocupado de ella, la han examinado, comentado y estudiado de distintas maneras. Es la más sublime oración de todos los tiempos y la más bella oración de cualquier religión. Ni los budistas ni los mahometanos ni los seguidores de Confucio ni los paganos ni los secuaces de religiones indígenas han compuesto una oración tan bella como esa.

Es la oración perfecta y, al mismo tiempo, la más sencilla. Es una oración a la que no hay que añadir nada ni hay que suprimir nada. Es una preciosa síntesis de lo que debemos orar y de cómo debemos hacerlo. Es la oración por excelencia de los creyentes en Cristo. Cada frase de las suyas merecería ser justificada con una reflexión importante.

Realmente esa es la oración de los fieles, la oración de los bautizados. En la eucaristía, después del evangelio y del credo, se pide por la Iglesia, por la patria y por el mundo, por los pobres y también por los que están allí participando. Y a esa oración se la llama “la oración de los fieles”. Pero con mejores títulos que esa plegaria, la verdadera oración de los fieles es el Padrenuestro.

Es un privilegio de los creyentes poder decir esa oración. Es el primer balbuceo del orante cristiano; cuando uno comienza a orar, tendría que decir: “Papá, Padre, Abbá que estás en el Cielo”.

San Cipriano, en el siglo III, decía que era oración pública y al mismo tiempo común; pública, porque se puede rezar en todos los templos, y común, porque a todos les sirve. Tertuliano, a fines del siglo II y comienzos del III, la llamaba la oración legítima y ordinaria de todos los fieles; legítima porque está de acuerdo con la ley divina y con la voluntad de Dios; y ordinaria, porque la deberíamos estar diciendo siempre todos. Es la oración que contiene lo esencial de nuestras plegarias.

Se ha dicho que el Padrenuestro es la regla de todas las oraciones; y lo llama también el vademécum oracional.

La palabra vademécum (*vade-mecum*: el que va conmigo) alude al librito que sirve para apuntar las cosas importantes y no olvidarlas; y el Padrenuestro es el vademécum de la oración: ahí están las cosas importantes, las que no podemos olvidar; ahí están todas. San Ambrosio decía: “El Padrenuestro lo abarca todo”.

Santo Tomás de Aquino dice que “es una oración perfectísima, que revela la sabiduría divina”. Es el compendio de toda nuestra oración, decía también el mismo santo. El Padrenuestro es la fórmula de todo lo deseado. Es, según dice san Cipriano, una fórmula breve, llena de doctrina celestial. Es la oración modelo.

Es una oración que tiene a la vez alabanza y petición, que son como las dos alas de un ave. Un pájaro, para poder volar, tiene que tener dos alas, porque si se lastima una y no la logra mover, no puede emprender el vuelo. Así es la oración, si no tiene alabanza y petición a la vez. Pero el Padrenuestro es pura alabanza y pura petición.

Qué bello poder orar como oraba Jesús, con esa oración por excelencia, con esa oración de oraciones, con “esa oración que obtiene todo lo que se pide”, como decía san Pedro Crisólogo. San Agustín decía: “El que dice algo que no quepa en el Padrenuestro ora carnalmente, porque no va a conseguir lo que pide”.

El Padrenuestro es como el resumen, como el lazo, como la corona de todas las oraciones de la Biblia: si se compara cualquier oración de la Biblia con el Padrenuestro, se debe reconocer que “eso que está allá, aquí está”. De manera que es el resumen de todas las oraciones, es lo que reúne las oraciones. En una parte, hay oraciones de alabanza; en otra, oraciones de petición; en otra, oraciones al Padre de los cielos; en otra, estamos pidiendo perdón, en otra estamos suplicando al Señor que nos libre del pecado. Aquí todo se reúne; es como la cinta que amarra todas las oraciones y, al mismo tiempo, que las corona todas.

Porque Jesús la compuso, decimos que es la oración del Señor; y como “Señor” en latín se dice con la palabra *Dominus*, por eso se llama oración dominical.

El Padrenuestro es “una oración divina”, decía san Cipriano. Es la reproducción de la oración de Cristo. Es la imitación de Cristo orante, es el tesoro de la Iglesia, es la mina en la que aparecen de continuo nuevas galerías con vetas ricas de oro. Es clara manifestación del mensaje de Cristo, es el compendio de la doctrina divina, es el compendio de la predicación de Jesucristo; es el “breviario de todo el evangelio”, decía Tertuliano, es decir, la abreviación, la síntesis. En ella está contenido todo el evangelio. Es su epítome.

San Agustín decía que rezar el Padrenuestro era como recibir el bautismo todos los días. El bautismo y la ablución cotidianos,

porque nos purifica, nos hace hijos de Dios, nos limpia de todo pecado.

Es la oración del ecumenismo cristiano. El Padrenuestro lo rezamos los católicos, lo rezan los protestantes de cualquier secta, los pentecostales... Todos los que creen en Cristo tienen que referirse al Padrenuestro porque lo consideran la enseñanza que Jesús dio a sus discípulos cuando le dijeron que les enseñara a orar. También los orientales, los griegos ortodoxos tienen el Padrenuestro. De manera que todos los cristianos lo tienen.

Hay muchas otras palabras lindas sobre el Padrenuestro, pero más que recordar palabras y frases inspiradas, quiero invitar a orar con el Padrenuestro. Esa oración la han usado durante veinte siglos todos los cristianos, desde los primeros, que le pidieron a Jesús: "Enséñanos a orar", hasta nosotros hoy, cuando hacemos eco a esa palabra del Señor.

Para la Iglesia Católica, cada mañana la oración de los laudes culmina con el Padrenuestro. Por las noches, la oración de las vísperas termina con el Padrenuestro. Hay un libro, la Didajé, de finales del siglo I, de los años 80 ó 90, que dice que los cristianos deben rezar el Padrenuestro tres veces cada día.

Cómo se formó

El Padrenuestro es un pequeño poema, escrito en arameo, con cierto ritmo, para que fuera fácil de memorizar. A todos llama la atención por lo breve, por lo eficaz, por lo bello que es. Antiguamente los cristianos tenían pequeños rosarios sólo para rezar el Padrenuestro. El rosario de la Virgen se hizo más popular y por eso, cuando se habla de rosario, se entiende sobre todo el de María; para el Padrenuestro o *Pater Noster* hay una especie de coronita, para estar diciéndolo siempre.

Meditemos esta bella oración del Señor para ir penetrando su sentido. Recordemos dos textos del apóstol san Pablo. El más antiguo, de la carta a los Gálatas, en el capítulo 4, versículos 6 y 7: *Ustedes son hijos, por lo cual Dios ha mandado a nuestros corazones el Espíritu de su propio Hijo, que clama Abbá, o sea, Papá. De modo que ya no eres esclavo sino hijo, y siendo hijo, Dios te da la herencia.*

El segundo texto es de la carta a los Romanos, en el capítulo 15, 8: *No vuelvan al miedo. Ustedes no recibieron un espíritu de esclavos, sino el espíritu propio de los hijos, que nos permite gritar Abbá, o sea, Papá. El Espíritu asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.*

Pablo dice que nosotros gritamos, movidos por el Espíritu, o que el Espíritu mismo en nosotros grita *Abbá*, Padre. Muchos comentaristas de la Biblia dicen que cuando Pablo escribió esa frase, estaba diciendo que ese Espíritu que está en nosotros y que nos hace hijos de Dios es el que nos permite gritar *Abbá*, es decir, Padre, pero que luego debía seguir la oración: "Que estés en el cielo, santificado sea tu nombre...". Pablo, en esas dos frases, apenas citó el comienzo de la

fórmula, pero podría haber seguido toda la oración; es decir que, con la fuerza del Espíritu Santo, podemos decir el Padrenuestro. El Espíritu Santo no nos hace esclavos, nos quita todo miedo, no hace que estemos con el temor de un siervo, sino con el amor de un hijo, y eso nos lleva a gritar, o Él mismo grita en nosotros: “*Abbá, Padre que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...*”. Quizá ésta sea, en la Biblia, la más antigua alusión al Padrenuestro, hecha por la pluma del apóstol Pablo.

Pablo, para aludir a la oración, dice la primera palabra: “*Abbá, Padre*”. El acento de esa oración está en la palabra “Padre”. A Pablo le interesó subrayar: “Padre”. No quiso hablar del resto de la oración, de las peticiones. De alguna manera, él las trabaja en sus cartas. Pero le llamó la atención que, con el Espíritu de Dios, pudiéramos llamar a Dios “Padre”.

En san Lucas, capítulo 11, versículo 1, se nos narra: *Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Al terminar su oración, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”. Y Jesús les dijo: Cuando oren, digan...*”. Aquí aparece cuatro veces la misma palabra: estaba *orando*, al terminar la *oración*, le dijeron: enséñanos a *orar*, y Jesús dijo: cuando *oren*. Y sigue la fórmula del Padrenuestro. Leámosla y oigamos a Jesucristo, que a través de veinte siglos nos está hablando. Es la palabra de Jesús la que vamos a escuchar, es la enseñanza de Jesús sobre la oración la que vamos a oír y a repetir.

El texto de san Lucas

Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano. Perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación.

¿Cómo comienza? “Padre”, es decir, es una invocación al Padre del cielo. Pablo había dicho que por la fuerza del Espíritu decíamos *Abbá*, Padre. San Lucas no dice “nuestro”, ni: “Que estás en los cielos”.

Lucas dice: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino”. No dice tampoco: “Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”. Sigue directamente: “Danos cada día nuestro pan cotidiano”. Y añade: “Y perdona nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y haz que no sucumbamos en la tentación” (“No nos dejes caer en la tentación”), pero no dice: “Líbranos del mal”. Ni tampoco el “Amén”. Esa versión en san Lucas es como un Padrenuestro corto, en resumen.

Comienza alabando a Dios Padre. Y sigue: “Santificado sea tu nombre” y “Venga tu reino”, que son dos alabanzas. El pronombre que funciona es “tú” (“Santificado sea *tu* nombre, venga *tu* reino”). En tanto que lo que sigue es: “*Danos* cada día *nuestro* pan cotidiano y perdona *nuestros* pecados, pues también *nosotros* perdonamos al que *nos* debe y haz que no sucumbamos a la tentación”. El pronombre de la segunda parte es el pronombre “nosotros”. Podríamos decir que la primera parte son alabanzas dirigidas a Dios: a “Ti”, a un “Tú”

grande; en tanto que la segunda parte son peticiones en favor de “nosotros”, son para nosotros.

En el capítulo 11 de san Lucas aparece esa enseñanza dentro de un grupo de acontecimientos que Jesús va viviendo, mientras camina hacia Jerusalén; parece que fuera cerca a Betania, junto al monte de los Olivos, frente a Jerusalén, donde Jesús habría enseñado el Padrenuestro.

Precisamente en Jerusalén, cerca al monte de la Ascensión, arriba del jardín de los Olivos, hay una iglesia y un monasterio que se llama del Padrenuestro. Tenía un nombre antiguo: “la basílica Eleona”, que quería decir: la basílica de los Olivos. En el claustro del monasterio, en las paredes, escritos en mosaicos, hay 44 grandes cuadros, y cada uno tiene el Padrenuestro en un idioma diferente.

Los discípulos piden a Jesús: “Enséñanos a orar”, como si no supieran orar. Esta enseñanza es un manual para personas que no saben orar, que van a aprender a orar, porque se están preparando para ser discípulos.

Y como san Lucas escribía a los griegos, podríamos decir que eran catecúmenos pagano-cristianos, es decir, cristianos que se estaban convirtiendo a partir del paganismo. ¿Para qué les enseña Jesús el Padrenuestro? Para que se distinguieran de los que no eran cristianos. Porque el discípulo le había dicho: “Enséñanos a orar, a nosotros que somos tus discípulos, como Juan enseñó a sus discípulos”.

Y Jesús enseña el Padrenuestro a sus propios discípulos; es como decir: esta es la oración característica de los discípulos de Jesús. Los discípulos de Juan oran con otras palabras, los discípulos de los fariseos tienen otras palabras; pero a los discípulos de Jesús, cuando oran, las palabras que los caracterizan son: “Padre que estás en el cielo... Padre, venga tu reino... Padre, santificado tu nombre... Padre, danos cada día nuestro pan... Padre, perdona nuestros pecados... Padre, nosotros perdonamos a los que nos han ofendido... Padre, no nos dejes caer en la tentación”. La palabra “Padre” es el acento, y hay que repetirla en cada frase. “Padre”, siempre Padre. Ese es el centro.

Así oraba Cristo y así podemos orar nosotros, imitando a Jesucristo orante. Podríamos decir que esta oración responde a: ¿Qué hay que orar?, ¿qué hay que pedir?

El texto de san Mateo

En el capítulo 6 del evangelio de san Mateo, del verso 9 al verso 13, encontramos el Padrenuestro como lo narra el primer evangelio: *Ustedes recen así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan cotidiano, perdona nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del maligno.*

Hay diferencias con la versión de san Lucas. Aquí dice: "Padre", pero agrega: "nuestro, que estás en los cielos". "Santificado...", ambos evangelios son iguales. "Venga tu reino", también. Pero agrega: "Hágase tu voluntad como en el cielo, sobre la tierra". "Danos hoy nuestro pan" y agrega "cotidiano". "Perdona nuestras deudas"; Lucas había dicho: "Perdona nuestras ofensas". "No nos dejes caer en la tentación", agrega: "Pero líbranos del maligno". San Mateo añade cosas que no tiene san Lucas.

Cualquiera puede preguntar: "¿Por qué hay dos textos? Si Jesucristo enseñó realmente un texto, ¿por qué aparecen ahora dos: uno más corto y otro más largo? ¿Qué pasó? ¿San Mateo añadió algo a la oración de Jesús, o san Lucas la acertó? ¿Cuál de los dos tiene razón?". Antiguamente se decía: tal vez el Señor enseñó en una montaña junto a Jerusalén el que nos trae san Lucas, y en una montaña en Galilea el que nos trae san Mateo, porque san Mateo sitúa su narración durante el Sermón de la Montaña.

Ahora los estudiosos de la Biblia dicen: Jesús debió enseñar una sola versión, que los discípulos aprendieron poco a poco; y al comenzar a evangelizar, unos evangelizadores fueron a un lugar, otros a otro; y la gente iba repitiendo esa oración, y sin transformar lo esencial, le añadía cortas aclaraciones, tomadas de otras enseñanzas de Jesús.

A la gente le gusta siempre agregar palabras. Por ejemplo, al terminar la Salve en latín se dice: "Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo"; pero en español se traduce: "Para que seamos dignos y aptos de conseguir y alcanzar las promesas y

gracias de nuestro Señor Jesucristo, amén”. Otro ejemplo: muchos, al rezar el Ave María, dicen: “Santa María, madre de Dios y de los hombres, ruega, Señora, por nosotros...”. Así, las fórmulas originales resultan más largas.

¿Qué sería exactamente lo inicial, lo que Jesús dijo y por qué fueron cambiando? Es un esfuerzo de crítica textual. Hace aproximadamente 35 años, se conocían casi cinco mil manuscritos, es decir, copias hechas a mano del texto griego de los evangelios, y a veces se encuentran en bibliotecas antiguas otros manuscritos más; como la gente copiaba de memoria, aparecen pequeñas variantes, y se trata de buscar cuál es la más auténtica, cuál es la que realmente enseñó Jesucristo.

Lucas se dirigía a paganos, que estaban buscando cómo era el cristianismo. Les tenía que enseñar a orar. Su texto era un catecismo sobre la oración, para los que no saben orar. Se dirigía a paganos que se estaban haciendo cristianos, y les enseñaba que el distintivo de ser cristianos era saber bien la oración de Jesús e imitar a Jesús que ora. Esa versión del Padrenuestro va a servir de punto de partida para explicar lo que es el Espíritu Santo y también la eucaristía.

San Mateo tiene varias enseñanzas más que san Lucas. Muchos han reflexionado sobre este Padrenuestro que se impuso después en la Iglesia y prevaleció en la liturgia oficial: en el bautismo, en la eucaristía, en la Liturgia de las Horas. Además, tiene más alabanzas y súplicas, es más completo en ese sentido.

En el Padrenuestro de san Lucas, lo que cuenta es qué orar, qué pedir a Dios; y en el de san Mateo, es cómo orar, cómo actuar en la vida, e insiste la gran fórmula: que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.

¿Cómo hacer, cómo orar, cómo realizar nuestra oración? En la misma medida en que podamos asimilar la oración de Jesucristo. Este Padrenuestro, como lo trae san Mateo, es un Padrenuestro para judíos y cristianos, gente que ya sabía orar, pero a la que era necesario formar en los aspectos fundamentales, a fin de que su oración no se contaminase. Vivían en un mundo pagano, y había que estar diciendo lo que debían hacer como cristianos; por eso el texto se inserta nada menos que en el Sermón de la Montaña.

El Sermón de la Montaña recuerda la montaña en la cual Moisés había recibido la ley antigua. Ahora es la ley nueva, la oración nueva, la que dice el hombre nuevo; la plegaria nueva, la que nos dio el nuevo Moisés en la nueva montaña para formar el nuevo pueblo de Israel; esta es la oración que va a caracterizar a los discípulos de Jesús. San Mateo la sitúa en su evangelio como si fuera una catequesis de oración a cristianos adultos.

¿Cuál será la verdadera fórmula que empleó Jesús? ¿La de san Lucas, tan corta, o la de san Mateo, más larga? Algunos dicen: tal vez ninguna de las dos, sino una parecida a ambas o más parecida a la de san Lucas, porque es más fácil agregar que quitar a las palabras de Jesús. Nadie se atrevería a quitar nada, en tanto que algunos, recordando palabras que dijo Jesús en otros momentos, podrían

hacer pequeños añadidos. Ahora se dice que como san Lucas trabajaba en una iglesia donde había muchos griegos, poco a poco ellos se fueron quedando con esa fórmula que se conserva en el evangelio de Lucas; en tanto que san Mateo, que trabajaba más con comunidades judías y judeo-cristianas, en donde se hablaba el arameo, de repetirlas y leerlas con influencia de los libros bíblicos, fijaron su propia fórmula.

Hay un libro muy antiguo de la vida cristiana, llamado la Didajé o Doctrina de los Doce Apóstoles, que parece se escribió hacia el año 90, es decir, contemporáneo de los últimos evangelios, cuando estaban los cristianos apenas a 50 años de la muerte de Jesús.

En ese libro aparece también el Padrenuestro, por cierto muy parecido al de san Mateo, con un cambio y un añadido; el texto dice así: "Padre Nuestro que estás en el cielo (san Mateo decía: "en los cielos"), santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo también en la tierra. El pan nuestro cotidiano dánosle hoy y perdónanos nuestra deuda (san Mateo había dicho: "nuestras deudas", y Lucas: "nuestras ofensas, nuestros pecados"), como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal, porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos". Se agregó esta última frase.

Subrayemos las pequeñas diferencias que hay con el evangelio de san Mateo (6, 9-13). San Mateo dice: "Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; san Lucas dice:

“Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a nuestros deudores”; y la Didajé dice: “Perdona nuestra deuda como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Cuando san Lucas dice “ofensa” o dice “pecado”, san Mateo dice “deuda”.

Hace unos años, cuando decíamos el Padrenuestro, decíamos: “Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores”; pero cuando hubo el cambio de la liturgia, dijeron: la gente tal vez se queda pensando en deudas económicas. Y se prefirió el evangelio según san Lucas, “Perdona nuestras ofensas”. Y, siguiendo esa lógica: “Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, que es como ahora rezamos el Padrenuestro.

La Didajé agrega: “Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos”. Esas palabras, que no están en la Biblia, son una alabanza muy bella: para Cristo, para Dios Padre. Además, en otro libro antiguo, llamado Las Constituciones Apostólicas, se dice: “El reino, el poder y la gloria”.

Algunos protestantes la comenzaron a repetir así; y la Iglesia Católica, en un gesto de caridad y de cariño con los hermanos separados, pero también queriendo alabar a Dios, en la misa introdujo esa frase: “Líbranos de nuestros pecados y concédenos la paz en nuestros días para que, llenos de esa gracia de Dios, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo”. La Iglesia agregó: “Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria”, es decir, tomó la frase de las oraciones usadas por los

antiguos cristianos. Son un grito que torna al Padrenuestro en una oración de alabanza.

Los judíos tenían unas oraciones bellas; en una, habían añadido una súplica contra los cristianos. La Didajé dice: “No recen más como los hipócritas”: llama hipócritas a los judíos, no porque lo fueran todos, sino por aquello de los fariseos hipócritas de que habla Jesús; y dice que recomienda que el Padrenuestro se rece tres veces por día, y recomienda que los bautizados lo recen antes de recibir la eucaristía.

San Lucas indica *qué* hay que orar. San Mateo indica *cómo* hay que orar. Y la Didajé indica *cuándo* y *cuántas veces* hay que orar.

En la liturgia que se hacía en España, la que llaman la “mozárabe”, los cristianos influidos por los árabes, aproximadamente en los siglos X y XI, a cada una de las peticiones añadían: “¡Amén!”:

“Padre Nuestro que estás en el cielo” - “¡Amén!”

“Santificado sea tu nombre” - “¡Amén!”

“Venga tu reino” - “¡Amén!”

“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” - “¡Amén!”

“Danos hoy nuestro pan de cada día” - “¡Amén!”

“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” - “¡Amén!”

“No nos dejes caer en tentación” - “¡Amén!”

“Líbranos del mal” - “¡Amén!”

Eso permitía hacer la oración a dos coros: el corista que iba haciendo la plegaria decía la petición, y el coro repetía: “¡Amén!”. En los cantos carismáticos hay algo parecido:

“Padre Nuestro que estás en el cielo” - “¡Gloria a ti, Señor!”

“Santificado sea tu nombre” - “¡Gloria a ti, Señor!”...